



RECETA

PARA LAS MUGERES MAL CASADAS.

Tú que mal casada eres porque fué la suerte infausta, del Marido aborrecida, mal querida y peor tratada: tú que vencerle pretendes, te ves pobre y desgraciada, porque es jugador, travieso y descuidado de casa: tú que creiste vivir muy alegre y descansada con el santo Matrimonio, y con su estado de gracia, rica, apacible y gustosa, contenta y bien empleada, sin entender que tu Esposo en nada te disgustará: atiende los documentos que en este te se preparan,

no te aflijas, que consuelos te ofrece la piedad santa como tú con la paciencia sepas conseguir su gracia. El primer preparativo que has de observar, mal casada, es amar á tu Marido con tierno cariño y santa amistad, tan verdadera, que no le agravies en nada: no por la concupiscencia, por el gusto ni la gala, ni por su gran gallardía, ni disposición bizarra; sino por el propio amor, porque así Dios te lo manda. Sirvele como á Señor, súfrele con tolerancia,

cuida mucho de su honor,
no le des pesar en nada,
estímale mas que á tí,
y los disgustos que traiga
cuando de fuera viniere
bórraseles con tu gracia,
que agradarás al Señor
si te vales de esta traza.
Si contigo se agraviare,
no le repliques palabra,
ni le muestres altivez,
ni pongas ceño en la cara,
no le mires rostrituerta,
ni separes mesa y cama,
porque con solo esta chispa
podrá encenderse la llama.
Sufre y disimula cuerda,
no contradigas lo que habla,
obedece con modestia,
dile muy dulces palabras,
que si del todo enmudeces,
mas que apaciguas agravias,
y si alguna vez la ira
superare tu templanza,
por cuyo fatal motivo
te mostrares enojada,
no sea por mucho tiempo
que te vea destemplada,
y en caso que te acaricie
correspóndele tu grata.
Aunque no tenga razon,
si la cólera le arrastra,
y el enojo le domina,
toda humilde te avasalla,
sin contradecir en cosa
de cuanto á él le agrada;
porque el soplo de un aliento
no apresure mas la llama,
y unida su condicion
se abrasaria la casa.

Pero cuando amaíne el viento
y la mar se quede en calma,
entra tú como Galera
á rendir su intolerancia;
y si para combatir
respondiere con la salva,
no la empieces disparando,
tendrás paciencia, y aguarda
á ver si con otro bordo
le puedes dar la descarga;
que aunque sea mayor buque,
si la municion se acaba,
suele rendirse puntual
á quien la tiene sobrada;
y en tal caso podrá ser
el que ganes la batalla,
que si él de una vez gastó
toda la pólvora en salva,
cuando quiera acometer
no podrá porque le falta.
Nunca del mal tratamiento
te quejes á nadie osada
á tu Padre ni á tu Madre,
porque es acción necia y mala,
recurre á tu confesor,
de quien saldrás consolada,
ó al confesor de tu esposo
contarás lo que te pasa;
y si fuere necesario
puedes declarar tu instancia
á sus padres, y tus penas
cuéntales subordinada,
suplicándoles rendida
remédien tan fatal causa,
porque si ellos le reprenden
los oírás de mejor gana,
que si tus padres lo hicieren,
aunque con dulces palabras,
estimarán tu atencion,
te tendrán por cortesana,

acudirán al remedio
con que quedes sosegada;
y sino bastare esto,
á Dios recurre, y postrada
pídele el útil consuelo,
ofrécete resignada
á padecer por su amor
cuanto daño se prepara.
Si tiene afición al juego,
si estimáre alguna dama,
ó viene de noche tarde,
sin cenar siempre le aguarda,
porque si él se reconoce,
de tí tendrá grande lástima;
y si ya hubieres cenado
algún regalillo guarda,
que se lo darás humilde
en ocasion moderada.
Recíbele con cariño,
y verás como te ama:
no le des quejas jamás
de que la hacienda malgasta,
sino procura tener
economía en tu casa,
ahorrando gastos superfluos
que no sirven para nada.
Dirás bien de él en su ausencia
y lo malo siempre calla,
que en la discrecion consiste
en encubrir lo que agravia.
Así lo egecutó Libia,
siendo Emperatriz Cesarea,
viendo á su marido Augusto,
que muy divertido andaba,
le hablaba desentendida,
y en su ausencia le alababa,
con cuya accion tan discreta
le volvió á ganar la gracia,
siendo en su voluntad
la mas cuerda y estimada:

admiradas sus amigas,
en mil ocasiones varias
le preguntaron curiosas
con qué ardid, ó con qué traza
pudo vencer á su César,
á que respondió bizarra:
con callar y hacer su gusto
sin contradecirle en nada.
Con que si una Emperatriz
á su dueño se avasalla,
y para templar su enojo
se vale tambien de trazas,
bien puedes tu que eres menos
prevenir la tolerancia,
y vencerás como Libia
ganando tambien la gracia.
Uniráste á su querer,
conformate en cuanto haga,
su opinion será la tuya,
sin replicarle palabra.
Si oyeres decir mal de él,
responde luego enojada,
defendiendo su derecho,
anhelando su alabanza.
Cuando de casa salieres
alcanzarás de él la gracia,
porque si te ha menester,
adonde estuvieres vaya.
Díle siempre la verdad,
sin querer encubrir nada,
porque si mentiras cuentas,
quizá querrá averiguarlas.
Nunca preguntes lo que hace
dentro ni fuera de casa,
porque no es de tu inspeccion
averiguar lo que haga.
Con ningun hombre tendrás
conversaciones livianas,
familiaridad estrecha
ni otras frecuentes palabras,

aunque tu pariente sea
 y aunque veas que te alaba;
 no nobles con él el secreto,
 ni le des ni tomes nada;
 á mirarle no te atrevas
 con atencion á la cara;
 desprecia con disimulo
 sus lisongeras palabras;
 porque tal vez su dulzura
 suavizará tu garganta;
 no le respondas risueña,
 no le atiendas cortesana,
 porque el honor es muy frágil
 si la amistad es sobrada:
 los celos son atrevidos,
 y el hombre busca con ansia
 cuanto le trae la fortuna,
 cuanto la pasion le arrastra.
 Si supieres con verdad
 que sea de mala fama
 la muger con quien paseas,
 ó notada de liviana,
 aborrece su amistad
 sin que llegues á enojarla,
 olvídala poco á poco
 hasta que en la cuenta caiga;
 y la propia accion harás

con las amigas que andas;
 corta el hilo á las visitas,
 porque destruyen la casa;
 la igualdad es muy dañosa
 entre las buenas y malas,
 y segun con quien te juntes
 te adivinarán tus faltas.
 Con estos medicamentos
 quedarás muy bien curada,
 vencerás los imposibles,
 darás alivio á tus ansias;
 recurre á poner por obra
 cuanto la Receta manda,
 y verás como tu esposo
 te reconoce y te ama,
 que aunque bárbaro le juzgues,
 él se humillará á tus plantas:
 tanto vence la humildad
 cuanto la soberbia daña;
 y en tu defensa estará
 el que todo lo avasalla,
 el que lo domina todo,
 el que disimula y calla
 las ofensas repetidas,
 que comete quien le agravia,
 á cuyo amparo y poder
 acudirás resignada.

F I N.

Valladolid, Imprenta de Santaren. 1839.

